



takurunna

NÚMERO 1 • AÑO 2011 • ISSN 2253-6191

[ANUARIO DE ESTUDIOS SOBRE
RONDA Y LA SERRANÍA]



Editorial
LA SERRANÍA

takurunna

NÚMERO 1 • AÑO 2011 • ISSN 2253-6191

CONSEJO CIENTÍFICO

FATIHA BENLABBAH (Instituto Hispano-Luso de Rabat)
ROSARIO CAMACHO MARTÍNEZ (Universidad de Málaga)
JUAN ANTONIO CHAVARRÍA VARGAS (Universidad Complutense de Madrid)
MERCEDES GAMERO ROJAS (Universidad Sevilla)
EDUARDO GARCÍA ALFONSO (Consejería de Cultura, Junta de Andalucía)
JOSÉ GÓMEZ ZOTANO (Universidad de Granada)
JUAN ANTONIO MARTÍN RUIZ (Centro de Estudios Fenicios y Púnicos)
DIRCE MARZOLI (Instituto Arqueológico Alemán)
JOSÉ RAMOS MUÑOZ (Universidad de Cádiz)
FÉLIX RETAMERO SERRALVO (Universitat Autònoma de Barcelona)
SALVADOR RODRÍGUEZ BECERRA (Universidad de Sevilla)
JUAN ANTONIO SÁNCHEZ LÓPEZ (Universidad de Málaga)

CONSEJO DE REDACCIÓN

MANUEL BECERRA PARRA
PEDRO CANTALEJO DUARTE
JOSÉ ANTONIO CASTILLO RODRÍGUEZ
MANUEL JIMÉNEZ PULIDO
RAFAEL VALENTÍN LÓPEZ FLORES
ESTEBAN LÓPEZ GARCÍA
ALFONSO PRADO ARTIACH
EULOGIO RODRÍGUEZ BECERRA
PEDRO SIERRA DE CÓZAR
MARÍA DE LA PAZ TENORIO GONZÁLEZ

EDITORES

JOSÉ MANUEL DORADO RUEDA - ISABEL MARÍA SÁNCHEZ HERAS
(Editorial La Serranía)

DIRECTOR

FRANCISCO SILES GUERRERO

VICEDIRECTOR

VIRGILIO MARTÍNEZ ENAMORADO

SECRETARIO

SERGIO RAMÍREZ GONZÁLEZ

© EDITORIAL LA SERRANÍA S. L., C/ Tomilla, 55 - 29400 Ronda (Málaga) - Tfno./fax: 952 87 22 01

CORREO ELECTRÓNICO: redaccion@takurunna.com - WEB: www.takurunna.com

COLABORAN: Real Maestranza de Caballería de Ronda - CEDER Serranía de Ronda

Delegación de Cultura del Excmo. Ayuntamiento de Ronda

DEPÓSITO LEGAL: MA 2166-2011

ÍNDICE

EDITORIAL.....	7
----------------	---

GEOGRAFÍA

<i>La organización del espacio en los valles del Guadiaro y Genal. Una síntesis de paisajes y usos a partir de los recursos abióticos, los ecosistemas y la antropización (geosistemas y geofacies).</i> JOSÉ ANTONIO CASTILLO RODRÍGUEZ.....	9
---	---

<i>El castañar de Pujerra: caracterización geohistórica de un paisaje agroforestal singular.</i> JOSÉ GÓMEZ ZOTANO	47
--	----

HISTORIA

<i>Eboraria fenicia: abastecimiento, producción y comercio del marfil en el Mediterráneo Occidental.</i> JUAN ANTONIO MARTÍN RUIZ	83
---	----

<i>En torno al morabitismo en la Serranía de Ronda: Una propuesta para el análisis de sus rábitas y zāwiya-s.</i> VIRGILIO MARTÍNEZ ENAMORADO Y MANUEL BECERRA PARRA	111
--	-----

<i>Pospítar (Alpandeire). Perspectiva histórico-filológica de un despoblado andalusí de la Serranía de Ronda.</i> JUAN ANTONIO CHAVARRÍA VARGAS.....	135
--	-----

<i>El urbanismo de Setenil a través de la documentación histórica.</i> JESÚS LÓPEZ JIMÉNEZ	151
--	-----

<i>El régimen señorial en Benaoján desde la merced de los Reyes Católicos al remate de la villa (1492-1612).</i> MANUEL BECERRA PARRA	179
---	-----

<i>De alquerías medievales a despoblados modernos. Evolución administrativa y socioeconómica de los despoblados del Valle del Genal (siglos XV al XVIII).</i>	
FRANCISCO SILES GUERRERO	203

<i>La Ronda de Ríos Rosas (1808-1873).</i>	
PEDRO SIERRA DE CÓZAR.....	233

<i>Mayo de 1909: actos para la inauguración del Teatro Espinel.</i>	
MARÍA DE LA PAZ TENORIO GONZÁLEZ	267

ARTE

<i>Platería y orfebrería histórica de las cofradías y hermandades pasionistas de Ronda y Arriate (siglos XVII y XIX). RAFAEL VALENTÍN LÓPEZ FLORES.....</i>	295
---	-----

RECENSIONES.....	345
------------------	-----

IN MEMORIAM... Don Francisco Garrido Domínguez	381
--	-----

IN MEMORIAM... Don Francisco Ruiz Cañestro	385
--	-----

EBORARIA FENICIA

Abastecimiento, producción y comercio del marfil en el Mediterráneo Occidental¹

JUAN ANTONIO MARTÍN RUIZ (CENTRO DE ESTUDIOS FENICIOS Y PÚNICOS)

RESUMEN: El comercio de marfil fue una importante actividad económica llevada a cabo durante siglos por los artesanos fenicios en el Círculo del Estrecho, si bien contaba con una importante tradición anterior en esta zona. En este trabajo examinamos la información disponible sobre los diversos aspectos que conforman dicha actividad, tales como las fuentes de abastecimiento, los posibles talleres que existieron y las principales características de las obras por ellos elaboradas, así como su ulterior comercialización. A tenor de los datos que ofrecemos da la impresión que la vertiente sur del citado Círculo del Estrecho era la suministradora de un producto cuya comercialización iba dirigida a unos talleres situados en la fachada septentrional, destinados a satisfacer la demanda de las elites indígenas tartésicas, aunque algunas de estas piezas llegan a alcanzar el Mediterráneo central y occidental.

PALABRAS CLAVE: Marfil, abastecimiento, producción, comercio, fenicios, Mediterráneo occidental.

SUMMARY: The marble trade was a major economic activity carried out for centuries by Phoenician craftsmen around the Straits of Gibraltar, as well as having previously been an important tradition in that area. In this article we examine the available information on the various aspects that the activity comprised, such as supply sources, the existence of potential workshops, the principal characteristics of their work and, finally, the marketing of the goods. According to the data we make available, it appears that the southern side of the aforementioned region was the supplier of a product whose commercialisation was going to be directed towards the northern side workshops aimed at satisfying the demand of the indigenous Tartessian elites, although some pieces reached the central and western Mediterranean regions.

KEY WORDS: Marble, supply, production, commerce, Phoenicians, West Mediterranean.

INTRODUCCIÓN

El comercio de marfil fue una actividad que contaba en Oriente con una extensa tradición que los navegantes fenicios trajeron consigo al iniciarse el proceso colonizador, si bien ciertamente nunca fue ésta una faceta extraña para las poblaciones indígenas

¹ Este trabajo se inscribe dentro del Proyecto I+D del MEC, HUM-2004-01807/HIST, *Producción, comercio y dinero entre los fenicios occidentales*.

preexistentes, como tendremos ocasión de comprobar. Hemos de indicar que los semitas, en general, no distinguían entre dientes y colmillos, por lo que, como recoge la lengua hebrea, las defensas de estos animales eran denominadas como “dientes de elefantes”.² Tal denominación aparece también recogida en autores de otros ámbitos culturales y cronológicos distintos al semita, como pueden ser Herodoto en el siglo v a. C. (III, 97) o Plinio el Viejo en el primero de nuestra Era (VIII, 4, 7), quien, por cierto, llega incluso a criticar que el rey Juba de Mauritania los llamase “cuernos”, al parecerle el término “dientes” mucho más correcto y aceptado por todos sus predecesores y contemporáneos.

Sin ánimo de ser exhaustivos, pues ello rebasaría las pretensiones de estas páginas, podemos decir que el trabajo del marfil contaba con una amplísima tradición no sólo en Fenicia, sino en gran parte de Oriente Próximo. Así, ya el pecio cananeo de Ulu-Burun, hundido frente a las costas de Anatolia hacia el año 1300 a. C., portaba, junto a colmillos de hipopótamos, otros de elefante, en lo que se ha considerado como un cargamento destinado al intercambio de productos entre casas reales,³ sin que debamos olvidar la vitalidad que la talla de marfil alcanzó hasta los últimos siglos del II milenio a. C., como se aprecia en el reino de Ugarit, en cuyas obras se advierten fuertes influjos no sólo egipcios, sino también micénicos.⁴ Siglos más tarde también los relatos bíblicos hacen alusión a los marfiles que el rey de Tiro Hiram I facilitaba en el siglo x a. C. al monarca Salomón, para quien construyó igualmente tronos de este material, organizando las célebres expediciones a Tarsis con el fin de abastecerse,⁵ en tanto el profeta Ezequiel (XXVII, 4, 26) hace expresa mención a la llegada a Tiro de colmillos de elefantes, habiéndose sugerido que durante los siglos ix-viii a. C. este enclave pudo contar con talleres de eboraria que abastecían a templos y palacios de objetos suntuarios fabricados con este material,⁶ a los que habría que sumar otros radicados en Arwad, Sidón o Biblos.⁷ Tan elevada fue la caza de elefantes, que en la zona de Siria se estima que su extinción se produjo en una fecha tan temprana como es el siglo viii a. C.,⁸ aunque para algunos debería retrasarse hasta el vii, siendo precisamente los fenicios quienes vieron en el continente africano una nueva fuente de suministro,⁹ hasta que a partir de la siguiente

² MAS, 1987, p. 15.

³ LAFRENZ, 2003, pp. 32-58

⁴ GACHET-BIZOLLON, 2001, pp. 25-42; 2003, pp. 90-98.

⁵ MAS, 1987, p. 13.

⁶ AUBET, 1983, p. 7.

⁷ GUBEL, 1987, p. 21.

⁸ AUBET, 1983, p. 8

⁹ MAS, 1987, p. 29.

centuria esta actividad decaiga. En realidad, un buen número de estos marfiles terminaron en palacios de otros reinos orientales, ya fuese mediante intercambios comerciales, botín de guerra o como pago de tributos, según podemos ver en los bellos ejemplares hallados en Nimrud o Til Barsib,¹⁰ así como en diversos santuarios de Creta y Grecia.

La Península Ibérica ha sido realmente pródiga en este tipo de hallazgos, como ejemplifican las necrópolis tartésicas de Los Alcores¹¹ (figura 1) que, al ser conocidas desde finales del siglo XIX, han propiciado que hayan merecido abundante atención por parte de los investigadores al discutirse sobre distintos aspectos que, en un primer momento, se centraron en establecer su marco cronológico, pues se dudaba si debía aceptarse una cronología *alta* que los situara en el II milenio a. C. o bien era preciso optar por una datación *baja* que los llevara al I milenio, quedando hoy claro, gracias a los hallazgos efectuados en el Heraión de Samos, de los que hablaremos más adelante, que debe rechazarse una datación elevada. Asimismo, se discutía si estas piezas eran obra de artesanos fenicios, cartagineses o indígenas, descartándose hoy en día cualquier protagonismo de Cartago, si bien todavía no se ha logrado aclarar el papel jugado por fenicios occidentales e indígenas, lo que ha llevado a utilizar no pocas veces el término “orientalizante” en sustitución de “oriental”.¹² Por el contrario, hasta el momento la aparición de objetos de marfil en contextos localizados en la vertiente sur del Círculo del Estrecho es mínima, como podremos comprobar.



Figura 1. Marfil de El Acebuchal (Fuente: Sedeño)

¹⁰ PUECH, 1978, pp. 164-166; BUNNES, 1997, pp. 439-443.

¹¹ BONSOR, 1899, pp. 28-30, 53-54 y 83-93; 1928, pp. 11-43; BONSOR, THOUVENOT, 1928, pp. 47-50.

¹² LE MEAUX, 2005, pp. 1118-1119.

1. LA OBTENCIÓN Y DISTRIBUCIÓN DE LA MATERIA PRIMA

Aun cuando en el mundo antiguo el marfil se obtenía de Asia Menor y África a través de Egipto e incluso del valle del Indo, ciertamente parece claro que el marfil utilizado por los artesanos, ya sean fenicios o indígenas, en el Círculo del Estrecho procede en su totalidad del continente africano, al menos hasta finales del Imperio romano, cuando se extinguieron en todo el Atlas,¹³ lo que conllevaba que, al ser el elefante africano de mayor tamaño que el asiático, dispusieran de colmillos de mayores dimensiones.¹⁴ En este sentido, los modernos análisis de espectrometría infrarroja realizados a algún objeto de marfil procedente de la necrópolis extremeña de Medellín, parecen sugerir que su procedencia debe buscarse efectivamente en el norte del continente africano.¹⁵

Gran relevancia tienen para nuestras pretensiones los hallazgos de Lixus, de poca trascendencia cuantitativa, puesto que apenas si llegan a representar el 0,67% del total de especies documentadas, pero de gran trascendencia histórica, pues en sus niveles fenicios, datables entre los siglos VIII-VII a. C., se descubrieron los restos post-craneales de un elefante, hallazgo al que podemos sumar la reciente aparición de restos de colmillos de marfil y asta en la isla de Mogador.¹⁶

Aun cuando no muy numerosos, contamos con algunos pecios que reflejarían su transporte a la Península Ibérica, y más en concreto a la fachada levantina peninsular. Uno de ellos, recientemente descubierto, es el de La Manga, que todavía no ha sido publicado en detalle, si bien se ha datado en el siglo VII a. C., y que transportaba un número desconocido de marfiles.¹⁷ A éste debemos sumar el de Bajo de la Campana 1 (figura 2), fechable entre los años 625 y 575 a. C.,¹⁸ y en cuyo cargamento había, entre otros materiales, hasta trece de estas defensas que, debido a su tamaño, han sido consideradas como de origen africano,¹⁹ en cuatro de las cuales se habían grabado sendos epígrafes fenicios que en todos los casos corresponden a antropónimos.²⁰ Pero quizás lo más interesante sea que, gracias a los desgrasantes de algunos recipientes cerámicos, ha

¹³ CARDOSO, 2001, p. 268.

¹⁴ MAS, 1987, p. 28.

¹⁵ LE MEAUX, 2010, p. 113.

¹⁶ IBORRA, 2001, pp. 200-201; LE MEAUX, 2010, p. 113.

¹⁷ GONZÁLEZ, 2010.

¹⁸ MAS, 1985, pp. 155-161; MEDEROS, RUIZ, 2004, pp. 266-267 y 270-273.

¹⁹ MAS, 1987, p. 103.

²⁰ SANMARTÍN, 1986, pp. 89-91; MEDEROS, RUIZ, 2004, pp. 275-277.

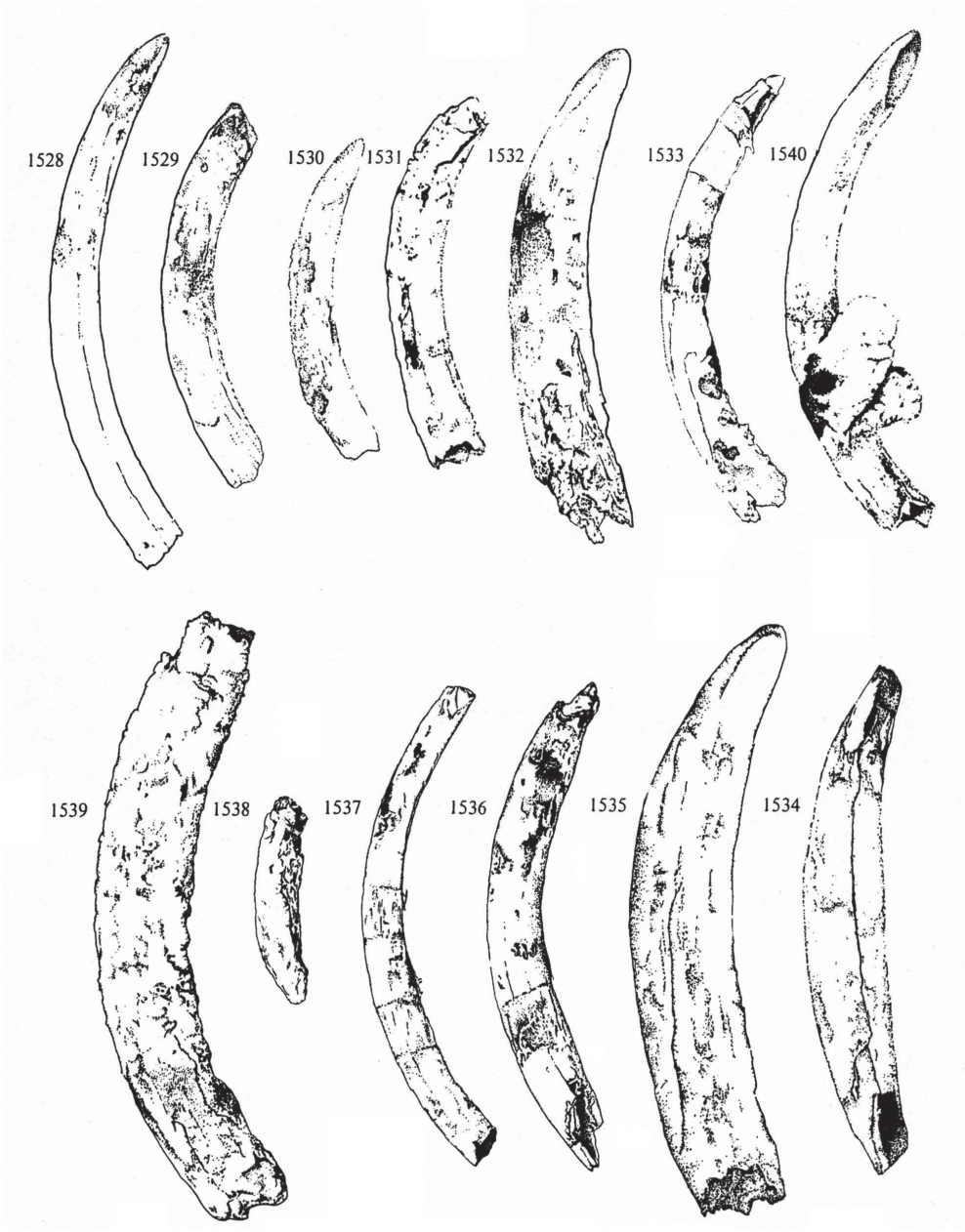


Figura 2. Colmillos de marfil del pecio Bajo de la Campana 1 (Fuente: Mas)

podido determinarse que su procedencia debe situarse en la costa malagueña, concretamente hacia la zona del río Guadalhorce, lo que nos remitiría a los asentamientos de Malaca o bien al del cercano Cerro del Villar,²¹ y no a la labor de comerciantes cartagineses, como se ha llegado a considerar,²² a pesar de que en Cartago se hayan encontrado inscripciones en las que se alude a un posible comerciante de marfiles.²³

A estos descubrimientos debemos sumar otros en la costa portuguesa, obtenidos mediante dragados que han facilitado colmillos enteros de elefante y que deben pertenecer a pecios aún no localizados, como vemos en la desembocadura del río Arade y en Cabo Sardao, con contextos poco precisos y algo tardíos, ya que parecen poder fecharse, en el primer caso, hacia el siglo II a. C., y en el segundo, entre los siglos V-I a. C.²⁴ Un detalle interesante nos lo muestra parte de un colmillo recuperado en Huelva que presenta una fina hendidura transversal, quizás para facilitar su transporte suspendido.²⁵

Algunas fuentes escritas pueden arrojar también interesante luz sobre este aspecto; así, en una de ellas, como es el periplo de Hannón, se comenta la existencia de bosques con elefantes antes de llegar a Lixus,²⁶ en tanto en el periplo del Pseudo-Escilax, fechado en la segunda mitad del siglo IV a. C., aun cuando se ha sugerido que pudo basarse en fuentes más antiguas que cabría remontar al siglo VI a. C., se hace alusión al comercio que los fenicios llevaban a cabo con los etíopes; mediante éste se obtenían colmillos de elefante que transportaban desde el continente a una isla próxima llamada Cerné, la cual hoy en día se tiende a relacionar con la isla Mogador, en la que recientemente se han localizado restos de elefantes y donde obtenían también cáscaras de huevo de avestruz.²⁷

Ya en las postrimerías del milenio, esta fuente de abastecimiento continúa, pues sabemos que, durante el principado de Augusto, Cartago Nova se convierte en uno de los principales puertos peninsulares al que llegaban los marfiles en bruto procedentes de Mauritania,²⁸ si bien Plinio el Viejo (VIII, 4, 7) indicaba ya en su época cómo la creciente escasez de marfil obligaba a utilizar en su lugar otra materia mucho más abundante como era el hueso. Gran relevancia tienen los textos que hacen alusión a la

²¹ MEDEROS, RUIZ, 2004, pp. 266-267.

²² GUBEL, 1987, p. 22.

²³ HUSS, 1993, p. 222.

²⁴ CARDOSO, 2001, pp. 261-265.

²⁵ GONZÁLEZ DE CANALES et ál., 2004, p. 166.

²⁶ GARZÓN, 1987, p. 81.

²⁷ ARANEGUI, 2004, p. 177; LÓPEZ, 2000, pp. 75-76.

²⁸ GOZALBES, 1982, pp. 18 y 25-26.

abundancia de elefantes en Ceuta, la antigua Septem Fratres, hasta el punto de haberse sugerido que éste pudo ser un importante centro de abastecimiento de marfil hasta su completa extinción,²⁹ y muy cerca de la cual Estrabón (XVI, 3, 6) localiza un topónimo denominado Elephas, si bien es ya con Plinio el Viejo (V, 18) en el siglo I d. C. cuando los datos se vuelven más explícitos, puesto que no sólo indica que estos animales abundaban sobremanera en la zona, sino que facilitaban un marfil de excelente calidad. De siglos posteriores, el III y finales del IV d. C., respectivamente, son Julio Solino (XXIV) y Marciano Capella (VI, 668), quienes, no obstante, usan referencias anteriores que nos llevan a la época pliniana, y que siguen alabando la abundancia de elefantes en los bosques que circundan Ceuta.

2. LA PRODUCCIÓN DE MARFILES EN EL CÍRCULO DEL ESTRECHO

Hasta el momento no se tiene evidencia arqueológica de ningún taller de elaboración en los asentamientos fenicios, aun cuando se ha sugerido Cádiz como el mejor candidato a acoger uno de estos centros artesanales.³⁰ Mayor información tenemos, en cambio, acerca de otros puntos en los que, si bien la influencia o incluso presencia física semita debió ser notable, se trata de yacimientos que cabe considerar indígenas. Así, recientes trabajos emprendidos en Huelva han permitido descubrir una amplia serie de materiales ebúrneos que deben de relacionarse con uno de estos talleres, al haberse hallado parte de un colmillo y cientos de piezas enteras o fragmentadas consistentes en punzones, algún peine, posibles instrumentos musicales y utensilios de tocador y tafiletería, todo lo cual puede datarse en una fecha sumamente antigua como sería finales del siglo IX a. C.³¹ (figuras 3-4). Además, la aparición de un taco de marfil en bruto en una de las tumbas de la necrópolis de Cruz del Negro en Carmona avala la posible existencia en este importante enclave de otro de estos centros artesanales.³² Es más, si paralelizamos este descubrimiento con otra tumba del siglo VII a. C. hallada en Cartago y en la que se han hallado marfiles tallados y en bruto, tal vez podamos considerar, como se ha hecho en ese caso, que se tratara de la sepultura de un artesano del marfil.³³

²⁹ GOZALBES, 1988, pp. 4-9.

³⁰ AUBET, 1980, p. 48.

³¹ GONZÁLEZ DE CANALES et ál., 2004, pp. 165-166.

³² AMORES, FERNÁNDEZ, 2000, p. 162.

³³ LANCEL, 1994, pp. 80-81.

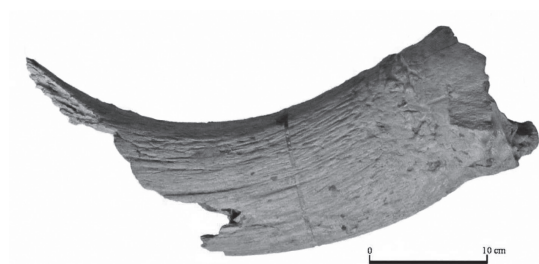


Figura 3. Fragmento de colmillo de elefante de Huelva
(Fuente: González de Canales et ál.)



Figura 4. Marfiles trabajados y restos de talla hallados en
Huelva (Fuente: González de Canales et ál.)

Otro tanto acontece con los fragmentos de marfil en bruto recuperados del palacio-santuario de Cancho Roano en Badajoz donde, además, se documentaron instrumentos metálicos para el trabajo de la madera,³⁴ lo que pone de manifiesto que también las comunidades indígenas tomaron parte activa en esta producción eboraria, a no ser que debamos considerar que son obras hechas por artesanos semitas insertos en contextos autóctonos. Asimismo, la existencia de un cargamento de marfiles en bruto en el pecio del Bajo de la Campana 1 había llevado a proponer la presencia en el sureste peninsular de otro taller,³⁵ creencia que posteriormente se ha visto reforzada por la aparición de una nueva carga en el pecio aún sin publicar de La Manga, así como por la aparición de mangos y placas de

marfil y hueso en la fase II del asentamiento alicantino de La Fonteta,³⁶ que podemos datar entre los años 720 y 635 a. C., y donde quizás debamos situar este posible taller.

Los estudios emprendidos hasta el presente han puesto de manifiesto que esta producción se centra en la elaboración de piezas de clara raigambre semita, como son los peines de una sola fila y no dos como es habitual ver en los cartagineses,³⁷ las cucharas (figura 5), las paletas cosméticas, las píxides y los paneles y bisagras (figura 6) pertenecientes a cajas y arquetas (figura 7), aunque también se ha sugerido que lo más probable es que estos paneles recubrieran cofres hechos no de marfil sino de madera,³⁸ si

³⁴ FERNÁNDEZ, 1946, p. 127; 1947, p. 224; CELESTINO, 1997, p. 364.

³⁵ MAS, 1987, p. 105.

³⁶ GONZÁLEZ, 2002, p. 133.

³⁷ BLANCO, 1960, p. 11; AUBET, 1980, pp. 17-18.

³⁸ LE MEAUX, 2006, p. 196.



Figura 5. Cucharas de Carmona
(Fuente: Belén et ál.)

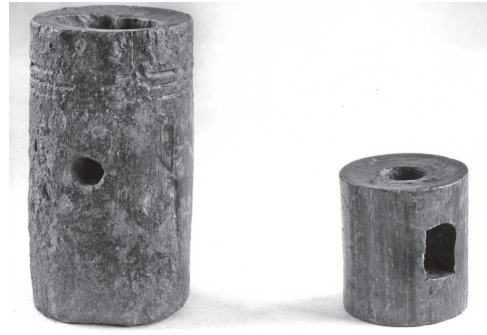


Figura 6. Bisagras de marfil de Morro de Mezquitilla
(Fuente: Instituto Arqueológico Alemán)

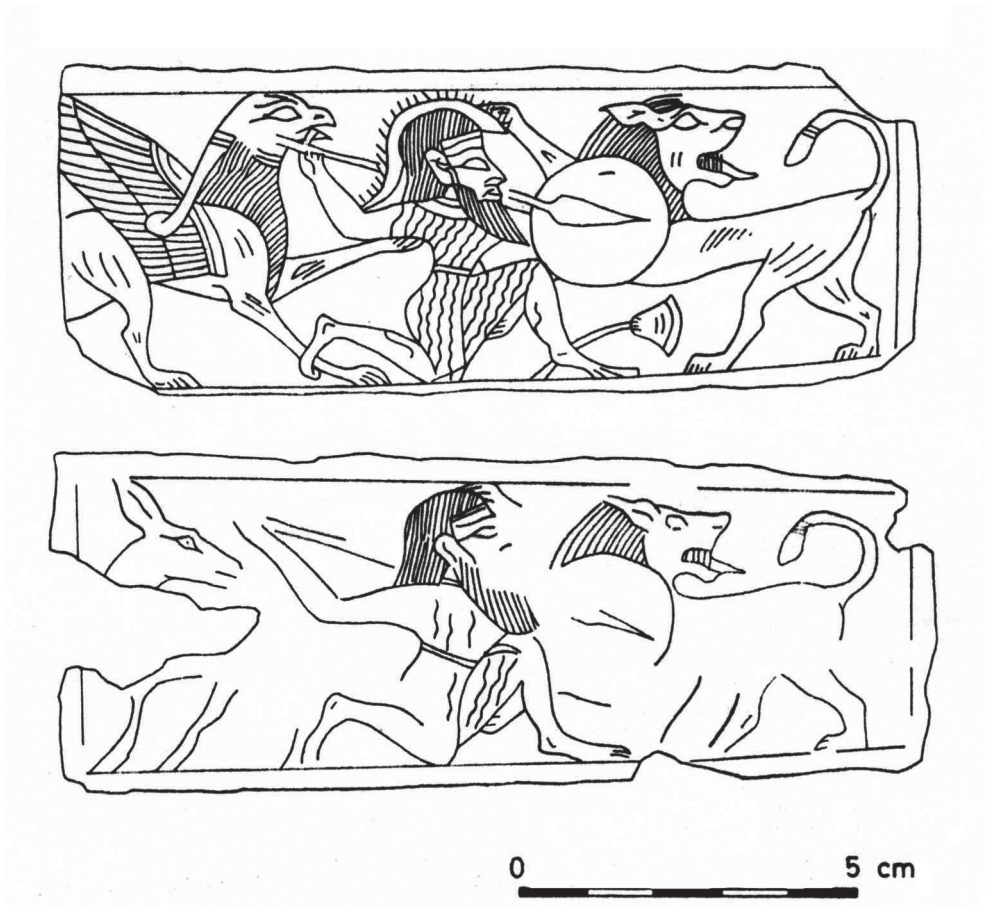


Figura 7. Placas de marfil de Bencarrón (Fuente: Aubet)



Figura 8. Antilope en un fragmento ebúrneo de Acebuchal
(Fuente: Aubet)

poco a poco comienzan a aparecer como sucede con algunos mangos que rematan en forma de cabeza de cánido o carnero, pudiendo citarse en este sentido los hallazgos de Cruz del Negro, La Joya o Medellín.⁴¹ Algunos de estos marfiles de Cruz del Negro y Medellín conservan aún restos de policromía, con tonos rojos, azules y amarillos que, gracias a los análisis emprendidos, sabemos, al menos en lo concerniente al color rojo de una pieza de la necrópolis extremeña, que en su elaboración se emplearon el cinabrio y la hematita.⁴²

Otro tanto acontece con los motivos ornamentales que muestran, algunos de los cuales se remontan al Oriente del II milenio a. C, consistentes en animales reales como gacelas o antílopes (figura 8), caballos que tiran de carros, conejos, carneros, toros, ciervos, leones, serpientes y cabras, o mitológicos, caso de las esfinges y los grifos,⁴³ junto a motivos vegetales consistentes en árboles de la vida y flores de loto.⁴⁴ Se añaden también a este repertorio seres humanos, apartado en el que vemos guerreros con túnicas cortas, armados de cascos, lanzas y escudos, hombres a caballo y mujeres vestidas con largas túnicas, sin olvidar alguna imagen de divinidad en la que se ha visto al dios Melqart,⁴⁵ amén de aves y motivos geométricos como palmetas,

bien tampoco deberíamos olvidar que en Oriente estas mismas piezas recubren otro tipo de mobiliario como pueden ser escabeles, lechos y tronos, tronos que también hallamos en las tumbas reales de Salamina en Chipre.³⁹ Encontramos también algunas cuentas de collar cilíndricas, discos y amuletos.⁴⁰ En cambio, hasta el presente son muy pocas las piezas elaboradas en bulto redondo, si bien

³⁹ UBERTI, 1988, pp. 457 y 464; MARTÍN, 2006, p. 127.

⁴⁰ HIBBS, 1979, pp. 458-475; AUBET, 1971, p. 119; 1983, pp. 10-12; MAS, 1987, p. 105; BELÉN et ál., 1997, pp. 173-180.

⁴¹ LE MEAUX, 2010, p. 118.

⁴² LE MEAUX, 2010, p. 119.

⁴³ VIDAL, 1975, pp. 8-20.

⁴⁴ BLÁZQUEZ, 1982, pp. 130-135.

⁴⁵ BONSOR, 1928, pp. 8-81; BLÁZQUEZ, 1982, pp. 130-137; ALMAGRO-GORBEA, 2002, pp. 61-67.

rosetas y líneas en zigzag. Ahora bien, los estudios realizados al respecto han puesto de manifiesto que se trata de una reinterpretación local carente por completo del contenido simbólico que estos motivos tenían en Oriente, y donde éstos quedan relegados a meros elementos ornamentales, es decir, aunque su repertorio formal es claramente deudor del fenicio oriental, se dispone y articula de una manera bien diferenciada y que se muestra más acorde con lo que vemos en otros focos como Cartago o Etruria.⁴⁶ Sin embargo, en ningún momento debemos pensar que este proceso de adaptación y simplificación denota una escasa vitalidad para estos talleres, puesto que, si bien es cierto que algunos elementos se eliminan, otros se desarrollan o modifican, como sucede, por ejemplo, con los grifos, que no muestran sobre sus cabezas ninguna corona o disco solar. Al mismo tiempo podemos comprobar cómo se reelaboran escenas donde los motivos se combinan libremente, e incluso los distintos paneles que recubren las cajas y arquetas conforman escenas distintas pero relacionadas entre sí.⁴⁷ Como veremos enseguida, es muy posible que este hecho quede explicado si tenemos en cuenta que la mayor parte de estas piezas no parecen ir destinadas a un mercado propio, sino a otro indígena que, a priori, no parece valorar su contenido simbólico, sino que las aceptan en tanto en cuanto son productos de lujo y prestigio.

Por otro lado, cabe indicar que las técnicas empleadas para su fabricación contemplan la incisión, sin duda la más extendida en la Península Ibérica,⁴⁸ seguidas del calado y el bajorrelieve. Aunque el tiempo ha cambiado sustancialmente su aspecto, quedan aún restos de pintura en algunos de ellos que nos informan del colorido que las recubría, usando para ello la policromía, algo típicamente oriental, si bien se alejan de su origen al no incrustar en ellos metales preciosos, pasta vítrea o piedras semipreciosas, como vemos en Mesopotamia.⁴⁹ Asimismo, pueden llegar a utilizarse en conjunción con otros materiales, como las bisagras de plata con refuerzos de bronce que vemos en la caja de La Joya, recubriendo espejos de bronce (figura 9) o sirviendo de mango para cuchillos de hierro con remaches de plata, como acontece en este mismo yacimiento.⁵⁰ En todo caso, la calidad de los productos elaborados llega a ser muy desigual, como evidencia el caso de Cancho Roano, donde, junto a piezas de gran perfección técnica y artística, hay otras que están mucho peor ejecutadas.⁵¹

⁴⁶ AUBET, 1981, pp. 250-251; 1983, p. 12.

⁴⁷ LE MEAUX, 2006, pp. 190-198; 2010, pp. 120-121.

⁴⁸ LE MEAUX, 2006, p. 202.

⁴⁹ BROWN, 1992, p. 10.

⁵⁰ AUBET, 1983, pp. 10 y 12; GARRIDO, ORTA, 1989, pp. 20-21; LE MEAUX, 2010, p. 124.

⁵¹ MALUQUER, 1983, p. 92.

Esta conjunción de elementos orientales que ha sido denominada “estilo fenicio occidental” o “hispano-fenicio”, muestra una fuerte personalidad propia y sin que en ella haya cabida para influjos indígenas.⁵² Utilizando criterios estilísticos se ha planteado la homogeneidad existente entre los diversos marfiles documentados, siendo posible establecer dos grandes grupos, según procedan de Los Alcores o del área extremeña, aun cuando de estas diferencias estilísticas no puedan entresacarse conclusiones de carácter cronológico.⁵³ Pero, incluso dentro de la zona sevillana, se han distinguido dos estilos, como son el “Cruz del Negro”, que incluye ejemplares procedentes del yacimiento homónimo, Osuna (figura 10), Cartago, Samos y Junon en Cartago de un lado, y de otro el estilo llamado “Acebuchal” con piezas de esta necrópolis, Alcantarilla y Santa Lucía, siendo éste el grupo con el que se ha relacionado el peine de Cerrillo Blanco,⁵⁴ si bien no debemos pensar que se trata de producciones excluyentes, puesto que ejemplos de ambos grupos se encuentran en un mismo enclave.⁵⁵

Algunos marfiles procedentes de Cruz del Negro, Acebuchal, Cancho Roano y Samos⁵⁶ muestran en sus superficies unos signos que, a pesar de que no parecen ser símbolos de divinidades, como se pensó en un primer momento,⁵⁷ aún no se sabe bien si corresponden a letras o números fenicios. En cualquier caso, todo parece indicar que tales signos no son sino marcas destinadas a facilitar su ensamblaje, al igual que acontece con algunos ejemplares de Ninrud o Assur,⁵⁸ siendo así que, a veces, estos signos evidencian ser letras de alfabetos diferentes al fenicio y que ponen de manifiesto un perfecto conocimiento



*Figura 9. Espejo de bronce con mango de marfil de La Joya
(Fuente: Garrido, Orta)*

⁵² AUBET, 1981-1982, pp. 276-277; ALMAGRO-GORBEA, 2002, p. 59.

⁵³ FREYER-SCHAUENBURG, 1966, p. 102; PUYA, OLIVA, 1982, p. 117.

⁵⁴ TORRECILLAS, 1985, pp. 115-118.

⁵⁵ AUBET, 1980, pp. 49-50; LE MEAUX, 2005, pp. 1122-1123.

⁵⁶ D'ANGELO, 1991, pp. 797-798.

⁵⁷ BONSOR, 1928, p. 9.

⁵⁸ AUBET, 1978, p. 29; MARTÍN, 2006, p. 128.

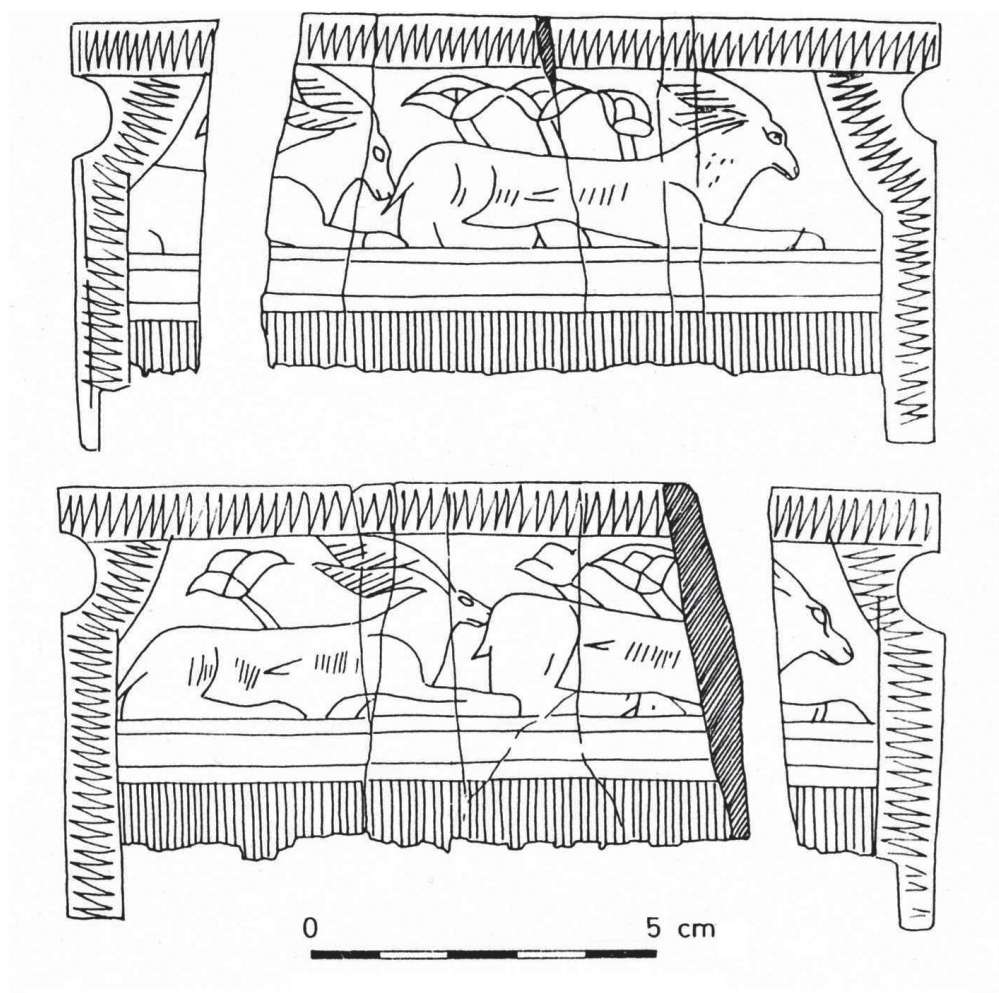


Figura 10. Peine hallado en Osuna (Fuente: Aubet)

del mercado al que iba destinado.⁵⁹ Tal sucede, por ejemplo, con algunos marfiles de Carquemis, que muestran en sus superficies letras en arameo y fenicio.⁶⁰ Inclusive, y hablando ya de un ámbito geográfico más cercano, como es la propia Península Ibérica, vemos la presencia de signos destinados a facilitar el montaje de algunas piezas metálicas, como pueden ser los bronce que conformaban el lecho de El Torrejón de Abajo, obra de un taller colonial del siglo VII a. C.⁶¹

⁵⁹ BROWN, 1992, pp. 10-11.

⁶⁰ MAS, 1987, p. 50.

⁶¹ JIMÉNEZ, 1998, p. 88.

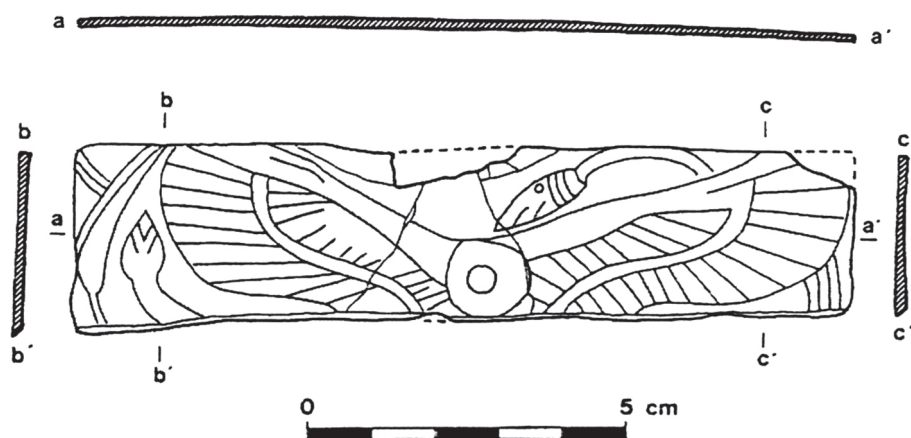


Figura 11. Placa de hueso del Cortijo Colorao (Fuente: García)

En realidad, apenas sabemos nada sobre el funcionamiento interno de estos talleres en la zona que ahora nos ocupa, si bien podemos suponer que, aunque en un primer momento estaría formado por artesanos fenicios, con el paso del tiempo incluiría también otros indígenas, como podría evidenciar la tumba ya comentada del Cruz del Negro. Aunque nos consta que en Cartago el trabajo de la madera era ejecutado por personas que aparecen designadas como *carpinteros*, algunos epígrafes evidencian una gran especialización en algunos aspectos, al existir unos *fabricantes de arcos*, *fabricantes de cajas y ataúdes*, o los *fabricantes de carros*. Por desgracia para nuestras pretensiones, sólo contamos con una alusión a unos *fabricantes de píxides*, sin que se especifique el material empleado,⁶² aun cuando no hay que olvidar el estrecho vínculo que se debe establecer entre la talla de la madera y la del marfil. Asimismo, no cabe duda de la íntima relación que el trabajo del marfil tiene también con el del hueso, hasta el punto de no ser a veces nada fáciles de diferenciar en el registro arqueológico, como ha sucedido en más de una ocasión.⁶³ Tal circunstancia queda de manifiesto al contemplar, por ejemplo, la placa de hueso hallada en la necrópolis ibérica del Cortijo Colorao en Gor, Granada (figura 11), la cual se data en el siglo VI a. C., donde se aprecia con claridad un estrecho paralelismo con la temática y el tratamiento técnico que se da a los marfiles.⁶⁴ Otro tanto sucede si examinamos la enorme similitud que muestran varias esfinges hechas en hueso con las ejecutadas en

⁶² RUIZ, 2009, pp. 33 y 36-37.

⁶³ FERNÁNDEZ, 1946, p. 127; LE MEAUX, 2010, p. 114.

⁶⁴ GARCÍA, 1999, pp. 179-180.

marfil, como sucede con una pieza ósea proveniente de una tumba de Cádiz que se viene datando en la primera mitad del siglo VI a. C., a la que se podría sumar otra hecha con el mismo material encontrada en el poblado ibérico de Ullastret, y que se ubica temporalmente en una centuria más tarde,⁶⁵ de enorme parecido a la esfinge ebúrne fragmentada procedente de Puig des Molins, que se fecha en el mismo siglo.

Ciertamente, la producción de objetos en hueso se incrementa a partir del siglo VI a. C. en detrimento de los confeccionados con marfil, al ser sin duda aquél un material mucho más barato y capaz, por tanto, de introducirse en capas sociales más amplias,⁶⁶ en un proceso similar al detectado en otras zonas del Mediterráneo, como pueden ser Grecia o Etruria,⁶⁷ lo que en modo alguno significó su total desaparición, como veremos. De todas formas, no deja de ser interesante la hipótesis según la cual un taller gaditano podría haber sido el responsable de la fabricación de estas esfinges, con indiferencia de que lo fuesen sobre un soporte óseo o ebúrneo,⁶⁸ hipótesis que resulta altamente sugerente por cuanto un mismo taller podría trabajar dos materiales distintos, algo que los hallazgos de Huelva parecen avalar, puesto que allí se encontraron indicios del trabajo del marfil, el asta y la madera,⁶⁹ aunque no sabemos si fueron arrojados por los mismos artesanos o por personas distintas.

Pero no son sólo el trabajo en hueso, o incluso el de la madera, los que pueden mostrar una íntima vinculación con la ornamentación y las técnicas que vemos empleadas en estos marfiles, sino que, como muy bien se ha señalado, también cabe establecerla con la decoración que muestran objetos metálicos, como algunos cuencos, la que presentan las cáscaras de huevo de avestruz o la que vemos en las paredes de algunos recipientes cerámicos,⁷⁰ sin que tampoco debamos dejar de lado las vestimentas, a pesar de lo poco que sabemos de ellas,⁷¹ e incluso alguna paleta de tocador confeccionada en piedra, como la que provendría de una sepultura del cortijo de Alcurrucén, en Córdoba.⁷² En realidad, todo ello nos ayuda a percibir la existencia de un repertorio más o menos limitado de motivos iconográficos que los distintos artesanos fenicios, y también, con el tiempo, los indígenas, empleaban con independencia del material que usaran. Muy

⁶⁵ PISANO, 1993, pp. 69-73.

⁶⁶ UBERTI, 1988, p. 456.

⁶⁷ GARCÍA, 1999, pp. 180-181; AUBET, 1988-1989, p. 129.

⁶⁸ PISANO, 1993, p. 71.

⁶⁹ GONZÁLEZ DE CANALES et ál., 2004, pp. 157-162.

⁷⁰ VIDAL, 1975, pp. 138-139.

⁷¹ REMESAL, 1898, pp. 161-163.

⁷² MARCOS, 1987, pp. 207-208.

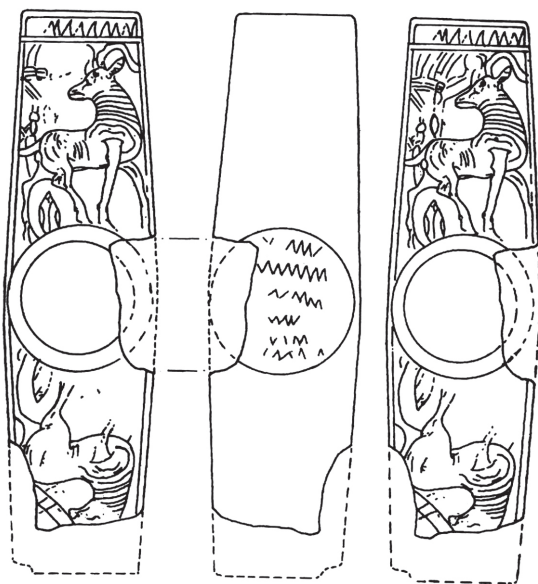


Figura 12. Placa de piedra de Beth-Zur (Fuente: Gubel)

clarificador en este sentido es una paleta de piedra hallada recientemente en Beth-Zur, que ha sido fechada entre los años 750 y 700 a. C., y cuya decoración es idéntica a la de uno de los marfiles de Acebuchal (figuras 1 y 12).⁷³

En cuanto al tema de la cronología en la que debemos situar estos talleres, algunos autores sugieren que el radicado en Carmona pudo haber comenzado a funcionar en las últimas décadas del siglo VIII a. C.,⁷⁴ idea que creemos no debe descartarse, a pesar de no disponer todavía de piezas a las que asignar

dicha datación, sobre todo si tenemos en cuenta que ya en la primera mitad de la siguiente centuria esta actividad muestra una plena madurez, a lo que debemos sumar la elevada datación que cabe asignar al taller onubense, como serían los últimos años del siglo IX a. C. Su perduración hasta el siglo VI a. C. en Andalucía y una centuria más tarde en Extremadura parece clara, siendo por ahora más difícil dilucidar lo acaecido a partir de esa fecha, aun cuando la aparición de objetos de marfil continúa, como veremos, hasta bien entrada la conquista romana.

3. EL COMERCIO DE MARFIL

No debemos pensar que el comercio de esta materia, junto con las cáscaras de huevo de avestruz, era algo desconocido entre las comunidades del Mediterráneo occidental en momentos previos a la llegada de los fenicios. Antes al contrario, tenemos pruebas suficientes que nos hablan de un comercio de marfiles al menos desde el Calcolítico, si no antes. Los primeros hallazgos se remontan al III milenio a. C., considerándose como bienes de prestigio en un área que se centra sobre todo en el Bajo

⁷³ GUBEL, 2000, pp. 1006 y 1011.

⁷⁴ PUYA, OLIVA, 1982, p. 116.

Guadalquivir, como vemos en el dolmen de Matarrubilla, donde se encontraron numerosos objetos de marfil, entre ellos un trozo de colmillo,⁷⁵ así como en el suroeste de Almería, donde sobresale el foco de Millares. Ya a finales del citado milenio e inicios del siguiente, la aparición de marfiles se hace más extensa, habiéndose documentado incluso la existencia de talleres como el que se excavó en el yacimiento argárico de Lorca (Murcia),⁷⁶ si bien dentro de una relativa escasez de piezas, cuyo número se incrementa notablemente en el I milenio a. C., en conjunción con la llegada de los colonizadores fenicios.

A tenor de lo expuesto, podríamos considerar que los fenicios obtenían el marfil en distintos puntos, aunque sin que quepa descartar que los semitas se insertaran en unas rutas establecidas mucho antes de que llegaran a estas costas. Así, a tenor de la información disponible por ahora, todo indica que eran varios los puntos donde se abastecían, ya fuese cerca de Mogador, donde se recuperaron restos de elefantes, en el área comprendida entre Septem Frates y Lixus, enclave este último que ha facilitado restos de este animal, o, como se ha señalado,⁷⁷ en la ciudad de Rusadir, la cual mantuvo durante la Antigüedad un fluido contacto con Malaca, posible puerto de partida del pecio del Bajo de la Campana 1, hundido en aguas de Cartagena, donde se ha hallado algún ejemplar de gran calidad (figura 13). Desde estos enclaves coloniales se distribuiría hacia el interior peninsular, en concreto al Bajo Guadalquivir (Alcores, Setefilla, Osuna...), así como hacia la Serranía de Ronda (Acinipo y la Silla del Moro) y la Alta Andalucía: Cerrillo Blanco en Jaén y Llanete de los Moros en Córdoba (figura 14), en tanto a través de la vía de la Plata alcanzaba Extremadura según ponen de manifiesto los hallazgos de Cancho Roano (figura 15) y Medellín (figura 16). Del mismo modo, abastecían tanto de



*Figura 13. Marfil de Málaga
(Fuente: Sedeño)*

⁷⁵ COLLANTES, 1969, pp. 52 y 58.

⁷⁶ LÓPEZ, 2009, pp. 8-15.

⁷⁷ MEDEROS, RUIZ, 2004, p. 270.



Figura 14. Fragmento de marfil de Llanete de los Moros (Fuente: Martín de la Cruz; San Nicolás)

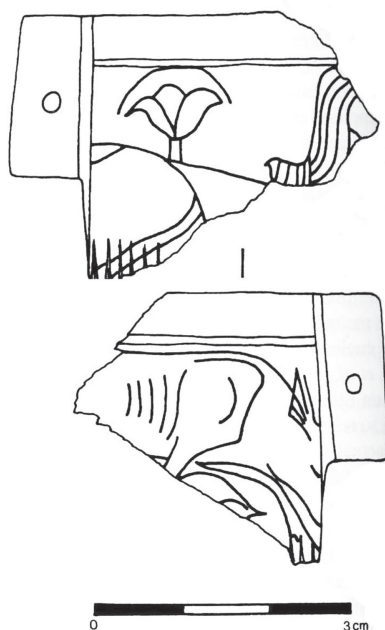


Figura 15. Esquinas de una caja de marfil de Cancho Roano (Fuente: Maluquer)

material en bruto como ya manufacturado a la fachada levantina, actividad reflejada no sólo gracias a los pecios de Bajo de la Campana 1 y La Manga, sino también por los ejemplares de La Fonteta, sin que dejemos de lado Ibiza, como refleja Puig del Molins,⁷⁸ así como la vertiente atlántica portuguesa, según ejemplifica el peine hallado en Conímbriga⁷⁹ (figura 17). Como ya indicamos, no deja de resultar sintomática la escasez de piezas realizadas en marfil que vemos al examinar el registro arqueológico de estos siglos en la vertiente sur del Círculo del Estrecho, ciertamente documentado con menor nivel de intensidad que el que conocemos en su orilla norte, pero que hasta ahora tan sólo nos ha ofrecido unas pocas cuentas de collar en algunas tumbas de la necrópolis de la isla de Rachgoun, que podemos fechar entre los siglos VII-VI a. C.⁸⁰

Pero esta producción, que parece iniciarse a finales del siglo IX a. C., no sólo se comercializaba en el propio occidente, sino que ya en el siglo VII a. C. alcanzaba otras áreas del Mediterráneo central, como puede ser Cartago, y oriental, según reflejan los hallazgos

⁷⁸ D'ANGELO, 2000, p. 1513.

⁷⁹ ARRUDA, 2002, pp. 250-251.

⁸⁰ VUILLEMOT, 1955, pp. 49 y 56.

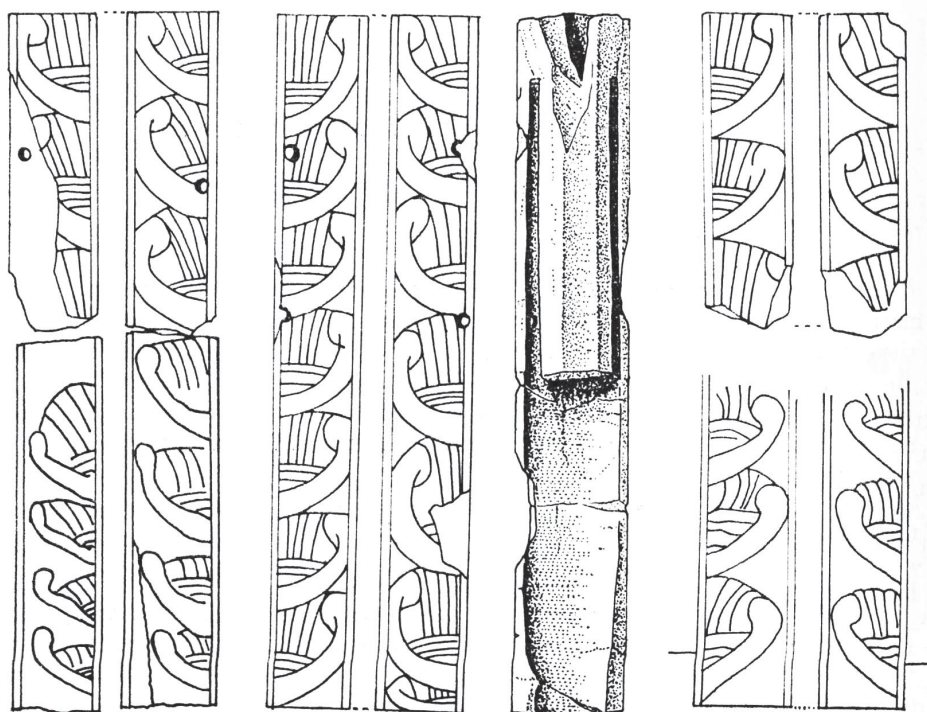


Figura 16. Marfil de Medellín (Fuente: Almagro-Gorbea)

del santuario de Hera en Samos. En el primer caso nos referimos a un peine (figura 18) procedente de una tumba de la colina de Junon, que ha sido datada en la primera mitad de dicha centuria,⁸¹ en tanto en el santuario heleno se recuperaron dos peines completos y fragmentos de otros dos que se sitúan en un contexto que no puede ser posterior a los años 640-630 a. C.⁸² A partir del siglo VI a. C., como ya hemos comentado, esta producción tiende a disminuir, siendo poco a poco sustituida, aunque nunca eliminada, por la que tiene en el hueso su materia prima. Sin embargo, es a partir de esa misma fecha cuando comienzan también a aparecer una serie de cajitas de marfil y hueso cuyos talleres hemos de situar en Etruria,⁸³ que estarán en funcionamiento hasta el siglo IV a. C., por lo que todo indica que los talleres fenicios occidentales tuvieron desde entonces un nuevo competidor, al menos para buena parte del levante peninsular, y que quizás debamos

⁸¹ AUBET, 1978, pp. 62-64.

⁸² FREYER-SCHAUENBURG, 1966, pp. 106 y 109-110; AUBET, 1978, pp. 65-66; LE MEAUX, 2005, p. 1121.

⁸³ AUBET, 1988-1989, p. 129.

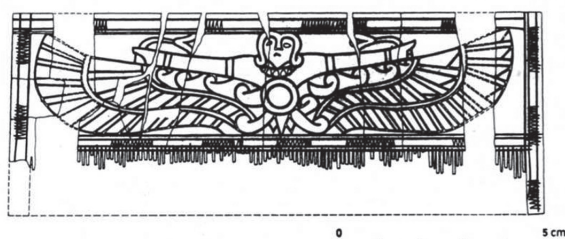


Figura 17. Fragmento de peine de marfil de Contimbriga
(Fuente: Arruda)



Figura 18. Peine de la Colina de Junon (Fuente: Aubet).

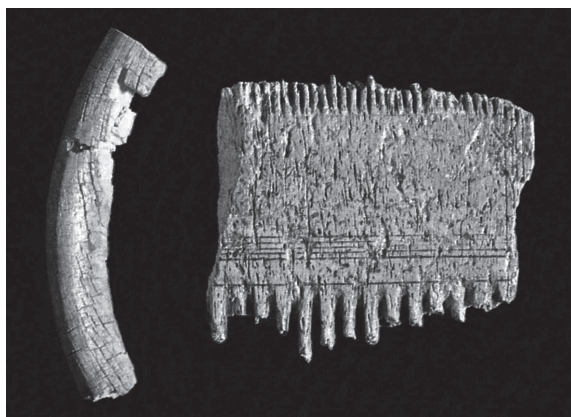


Figura 19. Marfiles hallados en Castillo de Doña Blanca
(Fuente: Ruiz)

relacionar también con el fin del comercio de carácter aristocrático imperante hasta aquel entonces.

Aun cuando la documentación existente es sin duda mucho menor, lo cierto es que tras este declive del siglo VI a. C., siguen apareciendo algunos objetos confeccionados con marfil. Tal acontece con los procedentes de Cancho Roano,⁸⁴ Acinipo o la Silla del Moro, fechables en el siglo V a. C., aunque no cabe descartar que algún ejemplar rondeño alcance las postrimerías de la centuria anterior,⁸⁵ en tanto entre los siglos V y IV a. C. se sitúan los del poblado del Castillo de Doña Blanca⁸⁶ (figura 19), fechándose entre los siglos IV-III/II a. C. un peine del yacimiento de La Alcudia y otro de El Chuche en Almería,⁸⁷ siendo mucho más recientes, del siglo I a. C., las cajitas y un peine hechos con este material que aparecen en una tumba gaditana.⁸⁸

En cuanto a las formas fabricadas, ahora no cabe apreciar grandes transformaciones respecto a los siglos precedentes, puesto que vemos algún que otro

⁸⁴ MALUQUER, 1983, pp. 89-95.

⁸⁵ MARTÍN, 2011, pp. 73-74.

⁸⁶ RUIZ, 1988, p. 47.

⁸⁷ RAMOS, 1958, pp. 221-223.

⁸⁸ MARTÍN, 2006, p. 124.

fragmento de brazaletes y mangos, junto a cajas y arqueta, así como peines, a veces sin decorar, que pueden mostrar dos filas de púas, hecho este último ante el que debemos reconocer que, o bien los talleres peninsulares modificaron sus peines, o se trata de una importación posiblemente cartaginesa, en tanto no encontramos ya las paletas cosméticas, que al parecer dejan de elaborarse. Asimismo, las decoraciones muestran un

menor cuidado en su ejecución, a la par que disminuye la profusión de motivos.

En cuanto a discernir quiénes eran los compradores de estos marfiles, no debemos olvidar que, en la Antigüedad, el marfil, junto con el oro, era un material cargado de un fuerte contenido ideológico, al ser un elemento que denotaba poder y que, como señalaba Plinio el Viejo (VIII, 10, 31), era grato a los ojos de los dioses, razón que explica su profusa utilización en efigies divinas.⁸⁹ En verdad no deja de llamar la atención el escaso índice de aparición que estas piezas tienen tanto en los poblados como en las necrópolis semitas del extremo occidente, pues apenas se hallan algunos objetos ebúrneos en Cádiz, Castillo de Doña Blanca, Málaga, Morro de Mezquitilla y su necrópolis de Trayamar, Villaricos, La Fonteta y Rachgoun, algo que contrasta con la proliferación que vemos en yacimientos indígenas de la zona norte del Círculo del Estrecho, por lo que cabe concluir que era este último su mercado final. Incluso dentro de las sociedades indígenas parece fuera de duda que se trataba de sus sectores dirigentes al haberse hallado sobre todo en sus suntuosos enterramientos,⁹⁰ si bien en los últimos años también se han encontrado en complejos palaciales y algún que otro asentamiento. Aunque en lo concerniente al ámbito semita la información es mucho menor, los datos disponibles parecen indicar un mismo horizonte social, pues recordemos cómo la caja de marfil procede de una de las tumbas de cámara de Trayamar (figura 20). Sin embargo, a partir del siglo VI a. C. el panorama parece mostrar ciertos cambios, puesto que ya no aparecen casi exclusivamente en sepulturas de alto rango, como sucedía antes de esa

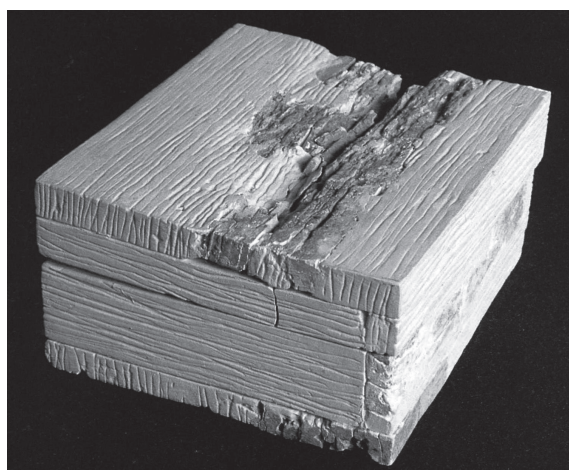


Figura 20. Caja de Trayamar (Fuente: Sedeño)

⁸⁹ GUBEL, 1987, pp. 23-24.

⁹⁰ MARTÍN, 2006, pp. 128-129.

fecha, sino que aumentan el número de ejemplares hallados en poblados respecto a la fase precedente, como vemos en Castillo de Doña Blanca, Acipino, la Silla del Moro, el Chuche o La Alcudia, todos ellos de indudable entidad.

Ahora bien, si tradicionalmente se ha venido considerado⁹¹ que estos objetos deben relacionarse en su mayor parte con el servicio de tocador femenino, lo cierto es que la aparición de uno de estos peines junto al cráneo de un varón de edad adulta que había sido enterrado en una tumba de la necrópolis de Cerrillo Blanco, viene a poner definitivamente en duda dicha afirmación,⁹² a la par que reafirma una antigua opinión que defendía el posible uso de dichos peines como tocado del cabello, masculino en esta ocasión.⁹³

CONCLUSIONES

A tenor de lo expuesto, parece probable que los fenicios se insertaran en una ruta comercial de abastecimiento de marfil establecida por los indígenas desde milenios antes, aun cuando es forzoso admitir que pudieran haberse producido cambios con el paso del tiempo, de los que sabemos muy poco, y que su llegada supuso una gran expansión de este tráfico comercial. Con los datos disponibles, todo parece indicar que el marfil lo obtenían de áreas próximas a sus instalaciones, creemos que de manos indígenas norteafricanas, ya sea en Mogador, Lixus, Septem Frates o Rusadir, desde donde era transportado hacia las colonias andaluzas, principalmente Gadir y Malaca, redistribuyéndolo a otros centros fenicios e indígenas de la costa y el interior peninsulares, e incluso insulares, como serían las islas Baleares.

Hasta el momento parecen poder identificarse varios posibles talleres, de los que al menos tres estarían localizados en ámbitos indígenas, como son Huelva, Carmona y Cancho Roano, aunque tampoco cabría descartar la presencia en ellos de artesanos semitas atraídos hacia estos importantes centros de poder, si bien pensamos que también con el paso del tiempo se sumarían a esta actividad individuos no semitas. A estos talleres quizás cabría añadir alguno más ubicado en enclaves fenicios, como posiblemente Cádiz, así como en el sureste peninsular (¿tal vez en el poblado fenicio de La Fonteta?). En líneas generales, se trata de una producción destinada sobre todo al mercado indígena peninsular, pero que ocasionalmente también se exporta a Cartago y

⁹¹ HÜBNER, 1900, p. 350.

⁹² TORRECILLAS, 1985, pp. 78 y 107.

⁹³ BLANCO, 1960, pp. 11-12.

Grecia, ejerciendo incluso cierta influencia sobre algunas producciones cartaginesas, en concreto los peines.⁹⁴

Dichos talleres se centran sobre todo en la fabricación de peines con una sola fila de púas, a diferencia de otros ámbitos cercanos como Cartago, donde presentan dos filas, además de paletas cosméticas y cajas o arquetas con unos motivos decorativos claramente vinculados iconográficamente a la eboraria oriental, pero que han quedado desprovistos de cualquier contenido simbólico, algo que parece estar en relación con el mercado al que iban dirigidos, mayoritariamente no semita, y que los adquiriría en virtud de sus propios condicionantes, entre los que el carácter simbólico de su decoración parece no ser el más importante. Queda claro también que no es una actividad independiente, sino que comparte motivos ornamentales y aspectos técnicos con otras actividades artesanales como se refleja en algunas cerámicas y objetos de bronce, así como en las cáscaras de huevo de avestruz, los objetos tallados en hueso, piedra o los tejidos tintados.

En este sentido es interesante constatar cómo la vertiente meridional de este Círculo del Estrecho, donde las fuentes escritas avalan la abundancia de elefantes, parece haberse dedicado exclusivamente a abastecer de materia prima a la vertiente septentrional, ya que apenas sí se han localizado piezas ebúrneas elaboradas al sur del Estrecho de Gibraltar. Tal vez esta aparente contradicción se explique si tenemos en cuenta que dichos objetos aparecen sobre todo en tumbas tartésicas de alto estatus, así como algún posible santuario, lo que podría evidenciar que las comunidades indígenas de la Península Ibérica alcanzaron un nivel de complejidad social y económica mucho mayor que la de las poblaciones del norte de África.

Es ésta una producción que, a tenor de los hallazgos onubenses, se iniciaría a finales del siglo IX a. C. o a inicios de la siguiente centuria a lo sumo, siendo notorio el vacío de información que hay para esos años, posiblemente con artesanos llegados directamente de Oriente,⁹⁵ pues los datos disponibles son más consistentes desde la primera mitad del siglo VII, perdurando hasta el VI a. C., fecha a partir de la cual disminuye de forma drástica, en un proceso acorde con lo que vemos en otros ámbitos mediterráneos y donde el hueso pasa a ocupar un importante lugar, aunque ciertamente no se interrumpió del todo en ningún momento, a pesar de que desde esa fecha hicieron acto de presencia los productos etruscos, como reflejan los hallazgos de piezas ebúrneas en contactos de cronología romana republicana.

⁹⁴ AUBET, 1978, p. 69.

⁹⁵ D'ANGELO, 1991, p. 797.

BIBLIOGRAFÍA

- ALMAGRO-GORBEA, M. (2002), “Melqart-Herakles matando al toro celeste en una placa ebúrne de Medellín”, *Archivo Español de Arqueología*, 75, pp. 59-73.
- ARRUDA, A. M. (2002), *Los fenicios en Portugal. Fenicios y mundo indígena en el centro y sur de Portugal (siglos VIII-VI a. C.)*, Barcelona, Publicaciones del Laboratorio de Arqueología de la Universidad Pompeu Fabra.
- AUBET SEMMLER, M. E. (1971), “Los hallazgos púnicos de Osuna”, *Pyrenae*, 7, pp. 111-128.
- _____ (1978), “Los marfiles fenicios del Bajo Guadalquivir I. Cruz del Negro”, *Boletín del Seminario de Arte y Arqueología*, 44, pp. 15-77.
- _____ (1980), *Marfiles fenicios del Bajo Guadalquivir II. Acebuchal y Alcantarilla*, Valladolid, Universidad.
- _____ (1981-1982), “Marfiles fenicios del Bajo Guadalquivir (y III): Bencarrón, Santa Lucía y Setefilla”, *Pyrenae*, 17-18, pp. 231-279.
- _____ (1983), “Marfiles fenicios en Andalucía”, *Revista de Arqueología*, 30, pp. 6-13.
- _____ (1988-1989), “El origen de las placas fenicias de Nora”, *Studi Sardi*, xxvii, pp. 125-130.
- AMORES CARREDANO, F., y A. FERNÁNDEZ CANTOS (2000), “La necrópolis de la Cruz del Negro (Carmona, Sevilla)”, en *Argantonio. Rey de Tartessos*, Sevilla, pp. 156-163.
- BELÉN, M., et ál. (1997), *Arqueología en Carmona (Sevilla). Excavaciones en la Casa-Palacio del Marqués de Saltillo*, Sevilla, Junta de Andalucía.
- BLANCO FREIJEIRO, A. (1960), “Orientalia II”, *Archivo Español de Arqueología*, 33, pp. 3-25.
- BLÁZQUEZ MARTÍNEZ, J. M. (1982), “Marfiles fenicios de Cancho Roano (Badajoz) con el árbol de la vida y sus prototipos”, *Boletín de Sociedad Española de Orientalistas*, 18, pp. 127-139.
- BONSOR, J. (1899), “Les colonies agricoles pré-romaines du la vallée du Bétis”, *Revue Archéologique*, xxxv, pp. 1-143.
- _____ (1928), *Early engraved ivories in the Collection of the Hispanic Society of America*, New York, The Trustees.
- _____ y R. THOUVENOT (1928), *Nécropole ibérique de Setefilla, Lora del Río (Sevilla). Fouilles de 1926-1927*, París, E. de Boccard.

- BROWN, S. (1992), "Perspective of Phoenician Arte", *The Biblical Archaeologist*, 55, 1, pp. 6-24.
- BUNNES, G. (1997), "Carved Ivories from Til Barsib", *American Journal of Archaeology*, 101, 3, pp. 435-450.
- CARDOSO, J. A. (2001), "Achados subaquáticos de defesas de elefante, prováveis indicadores do comércio púnico no litoral português", en AA. VV., *Os púnicos no extremo ocidente. Actas do Coloquio Internacional*, Lisboa, 27-28 de octubre de 2000, Lisboa, Universidade Nova, pp. 261-282.
- CELESTINO, S. (1997), "Santuarios, centros comerciales y paisajes sacros", *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología Castellonenses*, 18, pp. 359-389.
- COLLANTES DE TERÁN, M. (1969), "El dolmen de Matarrubilla", en *Tartessos y sus problemas. V Symposium Internacional de Prehistoria Peninsular*, Jerez de la Frontera, 1968, Barcelona, pp. 47-61.
- D'ANGELO, M. C. (1991), "Aspetti iconografici degli avori fenici della penisola Iberica", en AA. VV., *Atti del II Congresso Internazionale di Studi Fenici e Punici*, Roma, CNR Istituto per la civiltà fenicia e punica, vol. II, pp. 797-712.
- _____ (2000), "Artigianato ebúrneo da Ibiza: las sfinge", en AA. VV., *Actas del IV Congreso Internacional de Estudios Fenicios y Púnicos*, Cádiz, 2-6 octubre de 1995, M. Barthelemy y M. E. Aubet Semmler (coords.), Cádiz, Universidad, vol. IV, pp. 1511-1517.
- FERNÁNDEZ CHICARRO, C. (1946), "Notas sobre las placas de marfil, grabadas, de la colección Peláez", *Memorias de los Museos Arqueológicos Provinciales*, VI, Madrid, Dirección General de Bellas Artes, pp. 119-128.
- _____ (1947), "La colección de marfiles, producto del comercio fenicio o púnico, del Museo Arqueológico de Sevilla (2)", *Archivo Español de Arqueología*, XX, pp. 220-224.
- FREYER-SCHAUENBURG, B. (1966), "Kolaïos und die westphönizischen elfenbeine", *Madriider Mitteilungen*, 7, pp. 90-108.
- GACHET-BIZOLLON, J. (2001), "Le panneau de lit en ivoire de la Cour III du Palais Royal d'Ougarit", *Syria*, 78, 1, pp. 19-82.
- _____ (2003), "Formes mycéniennes dans les ivoires d'Ougarit: problèmes d'ateliers", *Bulletin du Correspondance Hellénique*, 127, 1, pp. 87-99.
- GARCÍA ALFONSO, E. (1999), "Estudio de materiales orientalizantes del Museo Arqueológico de Granada", *Anuario Arqueológico de Andalucía/1994*, vol. II, pp. 179-184.
- GARZÓN DÍAS, J. (1987), "Hannon de Cartago, Periplo (Cod. Palt. 398, fol. 55r-56r)", *Memorias de Historia Antigua*, VIII, pp. 81-85.

- GARRIDO ROIZ, J. P. y E. M. ORTA GARCÍA (1989), *La necrópolis y el hábitat orientalizante de Huelva*, Huelva, Dirección Provincial de la Consejería de Cultura (Junta de Andalucía).
- GONZÁLEZ, J. A. (2010), “Un tesoro fenicio en La Manga”, *Diario La Verdad* (Murcia).
- GONZÁLEZ DE CANALES CERISOLA, F., L. SERRANO PICHARDO y J. LLOMPART GÓMEZ (2004), *El emporio fenicio precolonial de Huelva (ca. 900-770 a. C.)*, Madrid, Editorial Biblioteca Nueva.
- GONZÁLEZ PRATS, A. (2002), “Los fenicios en la fachada oriental hispana”, en *La colonización fenicia de occidente. Estado de la investigación en los inicios del siglo XXI*, Ibiza, Museo de Ibiza, pp. 127-143.
- GOZALBES CRAVIOTO, E. (1982), “Relaciones comerciales entre Carthago Nova y Mauritania durante el principado de Augusto”, *Anales de la Universidad de Murcia*, 40, 3-4, pp. 13-26.
- _____ (1988), “Los elefantes de Septem Frates”, *Cuadernos del Archivo Municipal de Ceuta*, 2, pp. 3-12.
- GUBEL, E. (1987), *Phoenician furniture. A Typology bases on Iron Age Representations with Reference to the Iconographical Context*, Leuven, Peeters.
- _____ (2000), “Nouveaux documents pour l'étude de la civilisation phénicienne”, en AA. VV., *Actas del IV Congreso Internacional de Estudios Fenicios y Púnicos*, Cádiz, 2-6 octubre de 1995, M. Barthelemy y M. E. Aubet Semmler (coords.), Cádiz, Universidad, vol. III, pp. 1005-1118.
- HIBBS, V. A. (1979), “A new view of two Carmona ivories”, *Archäologischer Anzeiger*, 1, pp. 458-480.
- HÜBNER, E. (1900), “Objetos del comercio fenicio encontrados en Andalucía”, *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, IV, pp. 338-354.
- HUSS, W. (1993), *Los cartagineses*, Madrid, Gredos.
- IBORRA ERES, M. P. (2001), “Estudio faunístico”, en AA. VV., *Lixus. Colonia fenicia y ciudad púnico-mauritana. Apuntes sobre su ocupación medieval*, C. Aranegui (ed.), Valencia, Revista Saguntum (extra n.º 4), pp. 200-204.
- JIMÉNEZ ÁVILA, J. (1998), “El lecho funerario de época orientalizante de El Torrejón de Abajo (Cáceres)”, *Madridrer Mitteilungen*, 39, pp. 67-98.
- LAFRENTZ, K. A. (2003), *Tracing the Source of the Elephant and Hippopotamus ivory from the 14th Century b. C. Uluburun Shipwreck: The Archaeological, Historical and Isotopic evidence*, Texas.
- LANCEL, S. (1994), *Cartago*, Barcelona.
- LE MEAUX, H. (2005), “Estilos orientalizantes: el caso de los marfiles peninsulares”, en AA. VV., *Actas del III Simposio Internacional de Arqueología de Mérida:*

- Protohistoria del Mediterráneo Occidental*, Mérida, 5-8 de mayo de 2003, S. Celestino Pérez y F. J. Jiménez Ávila (eds.), Madrid, vol. 1, pp. 1117-1135.
- _____ (2006), “Les ivoires orientalisants de la Péninsule Ibérique: réflexions stylistiques”, *Melanges de la Casa de Velázquez*, 36, 2, pp. 187-210.
- _____ (2010), “Los marfiles peninsulares del principio del I milenio antes de Cristo: estado de la cuestión”, en AA. VV., *Aspectos suntuarios del mundo fenicio-púnico en la Península Ibérica. XXIV Jornadas de Arqueología Fenicio-Púnica*, Ibiza, 2009, B. Costa y J. H. Fernández (eds.), Ibiza, Consejería de Educación y Cultura (Gobierno de las Islas Baleares), pp. 111-129.
- LÓPEZ PADILLA, J. A. (2009), “El irresistible poder de la ostentación: la artesanía del marfil en Lorca en la época del Argar”, *Alberca*, 7, pp. 7-23.
- LÓPEZ PARDO, F. (2000), *El empeño de Heracles. (La exploración del Atlántico en la Antigüedad)*, Madrid, Arco/Libros.
- MALUQUER DE MOTES, J. (1983), *El santuario protohistórico de Zalamea de la Serena, Badajoz, II, 1981-1982*, Barcelona, Universidad.
- MARCOS POUS, A. (1987), “Una paleta de tocador tardoorientalizante del Museo de Arqueológico de Córdoba”, *Archivo Español de Arqueología*, 60, pp. 207-209.
- MARTÍN DE LA CRUZ, J. C., y M. P. SAN NICOLÁS PEDRAZ (1985), “Influjos orientales en la provincia de Córdoba”, *Archivo Español de Arqueología*, 58, pp. 3-18.
- MARTÍN RUIZ, J. A. (2006), “Aproximación al estudio del mobiliario fenicio en la Península Ibérica”, *Complutum*, 17, pp. 121-131.
- _____ (2011), *Tartessos y fenicios en la Serranía de Ronda*, Ronda, La Serranía.
- MAS, J., (1985), “El polígono submarino de Cabo Palos. Sus aportaciones al estudio del tráfico marítimo antiguo”, en AA. VV., *VI Congreso Internacional de Arqueología Submarina*, Cartagena, agosto de 1982, Madrid, Ministerio de Cultura, pp. 153-171.
- _____ (1987), *El marfil en la Antigüedad: seguimiento de sus manufacturas hasta el sureste ibérico*, Murcia, Academia Alfonso X El Sabio.
- MEDEROS MARTÍN, A. y L. A. RUIZ CABRERO (2004), “El pecio fenicio del Bajo de la Campana (Murcia, España) y el comercio fenicio de marfil”, *Zephyrus*, 57, pp. 263-281.
- MURILLO REDONDO, J. F. (1989), “Cerámicas tartésicas con decoración orientalizante”, *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid*, 16, pp. 149-167.
- PISANO, G. (1993), “Una sfinge in osso da Cadice”, *Rivista di Studi Fenici*, XXI, pp. 63-73.

- POYATO HOLGADO, C. y A. HERNANDO GRANDE (1988), “Relaciones entre la Península Ibérica y el norte de África: marfil y campaniforme”, en AA. VV., *Actas del Congreso Internacional El Estrecho de Gibraltar*, Ceuta, 1987, E. Ripoll Perello (ed.), Madrid, UNED, vol.I, pp. 317-329.
- PUECH, E. (1978), “Un ivoire de Bît-Gust (Arpad) à Nimrud”, *Syria*, 55, 1, pp. 163-169.
- PUYA GARCÍA DE LEÁNIZ, M. y D. OLIVA ALONSO (1982), “Nuevos marfiles orientalizantes de Carmona en el Museo Arqueológico de Sevilla”, en AA. VV., *Homenaje a Conchita Fernández Chicarro*, Madrid, Ministerio de Cultura, pp. 115-134.
- RAMOS FOLQUÉS, A. (1958), “Peine cartaginés en La Alcudia”, *Zephyrus*, 9, 2, pp. 220-224.
- RUIZ CABRERO, L. A. (2009), “Sociedad, jerarquía y clases sociales en Cartago”, en AA. VV. *Instituciones, demos y ejército en Cartago. XXIII Jornadas de Arqueología Fenicio-Púnica*, Ibiza, 2008, B. Costa y J. H. Fernández (eds.), Ibiza, Consejería de Educación y Cultura (Gobierno de las Islas Baleares), pp. 31-97.
- RUIZ MATA, D. (1988), “El Castillo de Doña Blanca. Yacimiento clave de la protohistoria peninsular”, *Revista de Arqueología*, 85, pp. 36-48.
- SANMARTÍN ASCASO, J. (1986), “Inscripciones fenicio-púnicas del sureste hispánico (I)”, en AA. VV., *Los fenicios en la Península Ibérica*, G. Olmo Lete y M. E. Aubet (eds.), Barcelona, Editorial AUSA, vol.II, pp. 89-103.
- TORRECILLAS GONZÁLEZ, J. F. (1985), *La necrópolis de época tartésica del Cerrillo Blanco (Porcuna, Jaén)*, Jaén, Diputación Provincial.
- UBERTI, M. L. (1988), “Gli avori e gli ossi”, en AA. VV., *I Fenici*, S. Moscati (dir.), Milano, Ed. Bompiani, pp. 456-471.
- VIDAL DE BRANDT, M. M. (1975), *La iconografía del grifo en la Península Ibérica*, Barcelona, Universidad.
- VUILLEMOT, G. (1955), “La Nécropole punique du phare dans l’île Rachgoun (Oran)”, *Libyca*, III, pp. 7-62.

